

VII.

VIOLACION.

La jóven continuó:

Mi padre murió repentinamente una noche, sin tener tiempo mas que para besar la mano de su esposa y la frente de su hija.

Este golpe fué terrible para mí.

Entonces quedé entregada completamente al odio de mi madrastra y con el porvenir espantoso de la miseria.

En efecto, la buena posicion que ocupaba mi padre en la sociedad, era debida á su honorífico empleo, y la decente medianía que disfrutábamos, á su elevado sueldo.

Pero como las disipaciones de mi madrastra no habian permitido economizar nada, y como no poseíamos otra cosa que su sueldo, quedamos espuestas á la miseria.

Ella, sin embargo, no disminuyó casi nada su tren, y durante algun tiempo nos mantuvimos con la venta de sus dos carruajes, sus alhajas, y ¡Dios mio! tambien las que habian pertenecido á mi adorada madre.

Despues comenzó á vender los muebles y otros objetos de valor.

La desgracia y la muerte de la única persona que habia amado en el mundo, hizo su carácter mas atrabilario, recayendo sus efectos sobre mí.

Las visitas y los tertulianos se fueron ahuyentando uno á uno como aves espantadas.

Fuímos á habitar en una pobre casa del Puente de San Dimas.

Mi madrastra recurrió á los escasos parientes que le quedaban; pero éstos, en vez de ausiliarla, la volvieron la espalda.

Entonces, para salir de una pobreza á que no podia acostumbrarse, recurrió á un medio horrible, ¡especular con los restos de su hermosura!

Se vendió, contrayendo impuras relaciones con un viejo rico.

La casa se adornó con mejores muebles, ella compró algunos trajes bastante lujosos.

Yo sufría y lloraba en silencio.

Isidoro, su amigo favorito, aunque con menos frecuencia que antes, no habia cesado de visitarla, y sus deseos hácia mí se habian avivado con mi horfandad.

Entonces empezó una lucha sorda, constante, terrible, la de la virtud débil y desamparada, con el vicio altanero y protegido.

Cuando pienso en esos dias en que yo, pobre jóven sin experiencia del mundo, tenia que defenderme contra los ataques de un hombre lascivo y de una mujer malvada, me estremezco al ver como no sucumbí desfallecida desde el primer dia.

Unas veces mi madrastra me decia que Isidoro me amaba y que yo debía corresponder á su amor, puesto que era rico y me podria cubrir de esplendor.

El, en efecto, habia comprado su voluntad con magníficos presentes que le hacia de trajes, de aderezos, de joyas, llevándola al teatro y á las diversiones que ella amaba.

Otras veces me reñia ásperamente con palabras muy injuriosas, encolerizada por mi resistencia.

Varias ocasiones, por un convenio anterior, se salia de la casa con la única criada que teníamos, dejándome sola completamente.

Apenas acababa de salir cuando llegaba Isidoro. Yo corría á encerrarme en mi aposento.

Entonces comenzaba una lucha terrible.

Primero me llamaba por mi nombre, me suplicaba, me hacia promesas halagadoras. Despues recurria á la fuerza, golpeaba la débil puerta que á poco cedia, y yo huyendo de un lugar á otro venia por fin á caer entre sus manos y forcejeaba defendiéndome de sus impuras caricias hasta sentirme desfallecer por la fatiga.

Por fin él se fatigaba y se iba lanzándome miradas terribles y haciéndome amenazas que me llenaban de espanto.

Al anochecer casi, volvia mi madrastra, me miraba con aire malicioso preguntándome si alguna persona habia venido en su ausencia. Yo guardaba silencio llena de indignacion.

Isidoro dejaba de ir á la casa algunos dias; pero al cabo de poco tiempo volvia mas ardiente, mas impuro, mas amenazador.

Otros dos ó tres jóvenes calaveras, amigos suyos, le acompañaban á sus visitas á nuestra casa.

Mi madrastra procuraba encender en mi casto seno, deseos y pasiones ardientes, imaginando y valiéndose de cuantos medios podia poner en juego una mujer de tanto talento y tan infame como ella.

Unas veces hacia caer en mis manos, recomendándome su lectura, libros envenenados tales como las novelas de Pigault-Lebrun y Voltaire.

Yo comenzaba á leerlos y aun los concluía, sin comprender el veneno que encerraban hasta despues de haberlos leído.

Otra, se atrevia á referirme escenas que me hacian ruborizar. Haciamos un contraste extraño.

Yo, pobre joven tímida, casta, recogida. Ella, mujer sensual, elegante y amiga del estruendo.

Nuestros aposentos participaban de la misma diferencia.

El mio, pequeño, adornado solo con un lecho modesto, un armario para encerrar mis pocos vestidos y mi labor, con algunos cuadros representando las escenas de Pablo y Virginia.

El suyo, estenso, adornado con un lecho, un tocador y muebles bastante lujosos para la posicion que guardábamos, un amplio ropero lleno de elegantes trajes, encima de las mesas estatuas de mujeres desnudas, reclinadas voluptuosamente y deco-

rando las paredes cuadros con pinturas francesas que me hacian ruborizar.

Por un verdadero milagro, conservaba yo la pureza que en mi alma derramó mi madre, en medio de aquella atmósfera de corrupcion.

Una vez quise ir al templo para confesarme como siempre lo habia acostumbrado al lado de mi madre y cuando aun vivia mi padre; pero mi madrastra me lo prohibió, diciéndome que era yo bastante buena y virtuosa para tener de qué confesarme.

Algunas ocasiones al sentirme débil para una lucha tan horrible, concebía y revolvia en mi imaginacion proyectos de fugarme de me aquella mansion de espanto.

Pero á poco desistia. En efecto, ¿dónde iria yo, sola, sin recursos, sin conocer á nadie en la ciudad?

Entonces quedaba yo tal vez mas espuesta á las asechanzas del vicio.

Por consiguiente, despues de un momento de vacilacion é inquietud, acababa yo por dejar correr las fuentes de mi llanto. Mi madrastra me encontraba de esta suerte llorando y proferia en improprios.

Despues se serenaba y decia:

—¿Pero se ha visto alguna vez criatura mas rara, desprecia una vida de lujo, de amor, de embriaguez, de placer, por otra de encierro y martirios de monja?...

Isidoro seguia persiguiéndome con obstinacion.

Un dia amanecí muy triste, mas triste que de costumbre.

Parecia que el corazon me avisaba en secreto de la proximidad de una desgracia.

Toda la mañana la pasé orando de rodillas ante el crucifijo que estaba suspendido encima de mi lecho.

Mi madrastra á la hora de la comida estuvo muy obsequiosa y muy benévola conmigo.

Esta benevolencia tan extraña en ella, en vez de halagarme me inspiró desconfianza y espanto.

Era, en efecto, la primera vez, despues de dos años, que mi madrastra me trataba sin injusta dureza y con alguna atencion.

La víspera había sido día de su santo y se había ido con Isidoro y algunas otras gentes á un paseo en el bosque de Chapultepec, al que yo me rehusé á acompañarles, porque además del desprecio con que me trataban, iba yo siempre muy pobremente vestida.

Al medio día vino á la casa un criado, trayendo en un grande azafate el presente que Isidoro hacía á mi madrastra.

A pesar de mi indiferencia por el lujo, no pude menos de lanzar un grito de sorpresa al contemplar el presente.

Era una mantilla magnífica de finísima blonda, un traje de la misma tela blanco como la nieve, y un aderezo compuesto formado por un collar, pulseras, aretes y prendedor de brillantes.

Con este regalo, cualquiera hubiera podido atraerse la voluntad de una mujer tan amante del lujo como mi madrastra.

Su viejo amante le había enviado la noche anterior un regalo no menos espléndido.

Así es, que cuando este día al anochecer volvió á ver á Isidoro, poco faltó para que le estrechase entre sus brazos.

Este se despidió de ella á poco rato.

Ambos se miraron de una manera particular.

Cenamos mas temprano que lo de costumbre, y estuvo tan cariñosa conmigo como en la mañana.

Después de cenar tomé como lo acostumbraba, una taza de leche que ni concluí porque me supo un poco mal.

A poco sentí tanto sueño y tanta fatiga, que me retiré á acostar á mi cuarto.

No hice atención á la mirada particular con que mi madrastra me siguió hasta la puerta.

Apenas me había acostado cuando me dormí profundamente.

Tuve una pesadilla horrible, espantosa, que al despertar, sin embargo, me había de hacer ver el abismo de la realidad....

Me pareció oír en medio del sueño, un ruido en el aposento.

Después sentí á mi lado un cuerpo extraño que me oprimía y me estrechaba.

Yo, por un instinto, quería moverme, quería gritar; pero no pude y me agitaba impotente como en una pesadilla.

Cuando desperté ya estaba muy entrado el día. Un rayo de luz horrible vino á alumbrar mi alma.

En un momento comprendí lo que había pasado.

Dí un grito y me desmayé.

Isidoro, de acuerdo con mi madrastra, se había valido de un poderoso narcótico para penetrar en mi aposento.....

A este recuerdo, Amparo ocultó su cabeza entre las manos y rompió á sollozar de una manera que revelaba todo el oceano de dolor de su lastimado corazón.

Roman, pálido, anhelante, sintió subir á sus ojos las lágrimas agolpadas en su alma durante esta narración.

Amparo enjugó sus lágrimas, y al cabo de un rato continuó con un acento desgarrador y tan triste, tan triste, como una música de nuestro país natal, escuchada en un suelo extranjero al espirar el día.....

Cerca de dos meses permanecí al borde del sepulcro presa de una fiebre maligna y lenta que me hacía morir poco á poco.

Tenia yo accesos de delirio espantoso.

Era porque á mi imaginación calenturienta llegaba el recuerdo de aquella noche de insomnio, de deshonra y de crimen.

Poco á poco mi estado se fué haciendo menos funesto, y el médico que mi madrastra había hecho venir, dió algunas esperanzas de vida.

Mi convalecencia fué muy penosa, porque la presencia de mi madrastra me causaba una desagradable impresión de dolor, que me sumergía en una especie de muerte aparente como la que vd. ha visto.

¡Oh! ¡Dios mío! lo que yo pensaba en esas largas horas de soledad y abandono, era horrible.

Me encerraba yo en mi cuarto, huyendo de mi madrastra, á quien durante mi convalecencia, había hecho cargos terribles y había llenado de acusaciones. Pero ella, en vez de guardar silencio, me llenaba de ultrajes, diciéndome que en nada tenía la culpa de lo que había pasado, y que á su vez para este crimen, había sido engañada por Isidoro. Este no había vuelto á presentarse delante de mí, aunque yo muy bien comprendía que él visitaba á mi madrastra algunas veces.

Entonces al verme deshonrada, infeliz, comencé á concebir un proyecto siniestro,

No podia yo huir de aquella mansion maldita, porque no tenia donde ir, enferma, doliente, moribunda casi.

Pensé en arrancarme una existencia que habia llegado á ser una carga para mí. Muchos dias, como si fuera á cometer un crimen, anduve sombría y preocupada; pero en el momento en que iba á poner en ejecucion mi horrible plan, me detuve....

Pensé en mi hijo.....

Sí, yo le llevaba ya en mi seno, yo á mi pesar era madre, y hubiera sido un crimen espantoso matar á mi hijo. Yo debia vivir para él, aunque mi vida fuera un espantoso castigo.

Esta idea me hizo desistir de mi proyecto y dulcificó un tanto la amargura de mi dolor. Fué un rayo de luz en medio del oscuro abismo de mi deshonra.

Lloré mucho, pero me consolé un poco.

Mi madrastra al verme tan enferma, se compadeció de mí y me trató con alguna dulzura. Era que una sombra de remordimiento, habia opacado la horrible y eterna luz de aquella alma criminal.

Pasaba yo los dias llorando y rezando. Pocos meses despues escuché el primer gemido de mi hijo.

Era una niña. Los pesares que me habian combatido el tiempo que la llevé en mi seno, la hicieron nacer débil y enfermiza, y los primeros meses los pasó al borde de la tumba. Pero poco á poco se fué restableciendo y volviendo á la vida.

Entonces una dulce melancolía hizo lugar á la desesperacion que habia desgarrado mi alma, y casi volví á ser feliz.

Pasaba horas enteras contemplando á mi hija dormida sobre mis rodillas, cubriéndola de besos y lágrimas.

¡Pobre hija del crimen, de la desdicha y la violacion! ¡Pobre niña sufriendo antes de nacer y alimentándose con lágrimas!

Pero el cielo habia decretado que aquel tibio rayo de luz que habia alumbrado débilmente la oscura noche de mi dolor se convirtiese en la negra y espantosa tiniebla de la desesperacion.

Apenas habia cumplido mi hija un año, cuando la fatiga que habia experimentado para criarla débil como estaba, se convirtió

en una enfermedad que me postró completamente durante algunos meses.

Y bien, señor, ¿sabe vd. lo que hizo mi madrastra durante este tiempo, que luchaba yo entre la vida que queria conservar para mi hija y la muerte á que ella me habia orillado? ¡Arrebatarme á mi hija! exclamó Amparo con acento de profunda desesperacion.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró Roman.

—Sí, la infame mujer me la habia arrebatado. ¿Y adivina vd. cómo se figura al menos para qué?

Para darla á criar á personas estrañas, que la diesen inclinaciones y despertaran en su alma sentimientos diferentes de los que yo hubiera podido inspirarle, á fin de valerse de ella y especular con su hermosura en la vejez á que ya comenzaba á entrar. Sí, para especular con ella, porque la niña prometia ser hermosa, muy hermosa, como lo habia sido mi madre.

Quando mi enfermedad me permitió comprender lo que habia pasado, grité, lloré, supliqué, le amenacé con la justicia para que me volviera á mi hija; pero ella despreció mis exclamaciones y mi llanto, escuchó con indiferencia mis súplicas y se burló de mis amenazas.

En efecto, ¿qué podria yo hacerle, pobre, deshonrada, desconocida; á ella altiva, llena de recursos, relacionada con gentes de influencia?

Así me lo hizo comprender, y yo, convenciéndome de mi impotencia, desistí de mis amenazas con una justicia mundana que casi nunca, por no decir "jamás," existe para los pobres y para los desgraciados.

Con la esperanza de ablandarla, permanecí todavía un mes llorando y suplicando; pero aquella mujer era inflexible en sus criminales resoluciones, era, segun creo, la criatura mas malvada que ha existido sobre la tierra.

Entonces, aquella morada de infamia, que solo el recuerdo de mi madre ó la presencia de mi hija, podia haber hecho soportable para mí, se convirtió en un infierno, luego que mi deshonra hubo ahuyentado de mi alma esa memoria, ángel de la guarda

de mi existencia; luego que un crimen multiplicado mil y mil veces me hubo arrebatado á mi hija.

Determiné abandonar tan funesta mansion. Una tarde salí de allí enfermiza, delirante, medio loca, dejandó escrito un papel en que llenaba de acusaciones á mi madrastra.

¡Primera queja verdadera que yo proferia contra aquella infame mujer!

No me llevé nada mas que el vestido que traía puesto y una cruz de brillantes que desde muy niña me habia suspendido mi madre al cuello y que yo siempre habia llevado, ocultándola de la avaricia de mi madrastra.

Durante algun tiempo anduve corriendo como loca de un lugar á otro de la ciudad buscando á mi hija, preguntando por ella en los lugares en que un asomo de sospecha me hacia creer que mi madrastra la ocultase. Pero las gentes á quienes yo me dirigia, no me comprendian y se burlaban de mí claramente, tomándome por una jóven demente, ó creyendo otra cosa, se atrevian á hacerme insinuaciones que me hacian ruborizar llenándome de indignacion.

¿Quién de aquellos indiferentes podia imaginarse siquiera la intensidad del dolor de una madre tan desdichada como yo?

Tuve que vender llorando, porque me moria de hambre, en la octava parte de su valor, la única prenda que me quedaba de mi madre, aquella cruz querida que me traía en medio de la oscuridad de mi espantoso presente, un recuerdo grato al par que doloroso, un rayo de luz de mi pasado tan sereno.

Por fin, me presenté á solicitar trabajo en casa de una modista á fin de vivir con él los dias que me restan de vida, pensando en mi madre, llorando por mi hija con la esperanza de encontrarla alguna vez, sufriendo y orando.

Mi exterior inspiró confianza á la buena mujer, y desde entonces me confia algunas obras en que trabajo todo el dia. Mi madrastra ha muerto hace cuatro meses, y por consiguiente, hoy, la única persona depositaria del secreto de la existencia de mi hija, sea acaso su infame padre que muy poco tiempo despues de su crimen, partió para Europa, de donde ha vuelto ya, porque una vez que fuí á dejar mi labor, le he visto sin ser notada

por él, en un carruaje que se dirigia á Bucareli, reclinado junto á una hermosa jóven de la alta sociedad.

Ya vd. lo vé, señor, soy una mujer deshonrada sin haber cometido un crimen, soy impura y desdichada sin ser culpable. Y sin embargo, apenas tengo veintidos años.

¡Quiera el cielo perdonar á esa mujer y darle en clemencia, cuanto ella me causó en infortunios!

Amparo rompió á llorar dolorosamente.

Pero sin embargo, exclamó al cabo de un momento; si yo pudiese volver á ver á mi hija, si yo pudiese decirle alguna vez, cubriéndola de besos y lágrimas, ¡hija! ¡hija mia! ¡hija de mi corazon! deja que te estreche en mis brazos y contra mi seno, porque yo soy tu madre, porque si has nacido por un crimen, solo por otro crimen mas horrible han podido arrebatarte de mi lado, porque tú, pobre niña, no tienes padre, no; pero tienes una madre que te idolatra, con un infinito amor. ¡Oh! si tal sucediera, entonces volveria yo á ser casi tan feliz como lo era en mi infancia, de mi desdicha solo me quedaria el recuerdo, trabajaria doble de lo que hoy trabajo para mi hija, no me apartaria un momento de su lado, le daria en amor cuanto yo recibí en odio.

Amparo inclinó su cabeza sobre el pecho y lloró.

Roman, sin proferir una palabra lloró tambien en silencio.

Al cabo de un momento en su rostro pálido y desfigurado por la emocion y por mil encontrados sentimientos, se pintó el sello de una resolucion terrible, como la conciencia, firme é inflexible como la venganza, sublime como la abnegacion. Se levantó sereno, tomó la mano de Amparo, y depositó en ella un beso casto, silencioso; pero ardiente y apasionado.

Despues salió de la estancia sin proferir una palabra y lanzando una última mirada impregnada de infinito amor sobre la desgraciada jóven.

—¡Oh! exclamó Amparo con acento de queja y de pasion, luego que Roman hubo salido. Criatura generosa, alma noble, que desde la altura de tu virtud, te has dignado lanzar una mirada de compasion sobre esta desdichada mujer; yo daria la mitad de mi existencia por estrecharte contra mi corazon, por as-

pirar el amor en tu aliento, por depositar en tu hermosa frente un beso en que exhalase mi vida! Pero, ¡imposible! á mi deshonra está prohibido amarte á la faz del mundo; yo solo puedo idolatrarte sin esperanza, guardar tu imágen adorada en el fondo de mi corazón!..... llorar y sufrir.

Y Amparo ocultó su hermosa cabeza entre las manos.

VIII.

EULALIA DE GUZMAN.

TRASLADEMONOS ahora á una elegante habitacion situada en la suntuosa calle de los Donceles.

Era un palacio completamente.

Se componia de tres pisos. En el inferior estaban las piezas destinadas para almacenes y bodegas, dando á un estenso patio, obstruido en parte por dos magníficos carruajes y algunos tercios con efectos mercantiles arpillados aún. Los entresuelos estaban destinados para el despacho, escritorio y habitacion de los dependientes. En el piso superior habitaban los opulentos dueños de esta casa, al parecer comerciantes acomodados. Despues de subir una ámplia y elevada escalera, se encontraba uno en un estenso corredor, en el que se habia formado un jardin, segun la profusion de macetas cargadas de flores esquisitas compradas tal vez en el jardin de San Francisco. Al costado izquierdo de este corredor, daban las puertas de los aposentos.

Esta suntuosa morada pertenecia al rico comerciante D. Febronio de Guzman, que poseia un capital activo de doscientos mil pesos, una estensa hacienda en el Estado de Guanajuato,